

Sosteniendo el desarrollo

Hace veinte años, una comisión internacional acuñó una expresión nueva y estimuló una nueva manera de pensar. ¿Dónde estamos actualmente?

20

Hace veinte años, la comisión internacional que las Naciones Unidas me habían pedido que creara y presidiera presentó los resultados de años de intensa labor, aprendizaje y experiencia compartida.

El libro, de apariencia modesta, se titulaba *Nuestro futuro común*, título que nos pareció apropiado, ya que se refería nada menos que a nuestra supervivencia todos juntos, tanto los países ricos como los países pobres. Llegaba en un momento de nuestra historia en el que cada vez se cobraba mayor conciencia de que el mundo que compartimos es único y del riesgo de sobrepasar los límites, a no ser que adaptáramos nuestro aprovechamiento de los recursos naturales a la capacidad del planeta de soportarlo a largo plazo. Pero también estaba igualmente claro que a la gran mayoría de la población mundial le correspondía tan sólo una parte mínima de esa explotación excesiva de nuestros limitados recursos. La desigualdad de oportunidades y la desigualdad del reparto constituían el meollo del problema.

La Comisión sintetizó el desafío de hacer frente a las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer las suyas en el concepto de desarrollo sostenible, un nuevo concepto político que comprende la equidad y la justicia, en cada generación y entre generaciones.

La Comisión basó su informe en un enfoque global. Examinamos el papel de la economía internacional, así como el de la población y la educación, la seguridad alimentaria, las especies y los ecosistemas, la energía, la industria y el problema de las ciudades, los océanos, el espacio y la Antártida. Examinamos la necesidad de organizar a la comunidad internacional basándonos en la Carta de las Naciones Unidas, los derechos humanos universales y las libertades fundamentales.

La Comisión llegó a la conclusión de que había que reducir drásticamente la pobreza endémica, la pobreza predominante

y abyecta, antes de que se pudiera hablar de progreso, y eliminarla antes de poder hablar de éxito. La pobreza es una cicatriz en el rostro de la humanidad: degrada a las personas y degrada el medio ambiente.

Mientras la Comisión trabajaba, se produjeron catástrofes industriales y nucleares, creció la amenaza para la capa de ozono, hubo hambrunas, sequías y más pandemias. Para sorpresa de muchos, el informe no presentaba un cuadro de ruina o de derrota, sino un vigoroso mensaje de esperanza. Si bien no había duda de que la humanidad podía destruir el equilibrio global con la biosfera, nunca había tenido más capacidades y posibilidades de salvar esa frágil relación. El mundo aceptó este desafío y acudió en 1992 a Rio, a la celebración de la Cumbre de la Tierra.

Después compartimos las grandes esperanzas que suscitó la conferencia sobre población de El Cairo y escuchamos a millones de voces que clamaban por la libertad y la igualdad en la conferencia de Beijing sobre la mujer. Luego nos regocijamos con los triunfos y deploramos las derrotas de la conferencia de Kyoto.

Después de éstas y otras muchas reuniones, fuimos a Nueva York, donde aprobamos los objetivos de desarrollo del Milenio (ODM), que, junto con otros objetivos de desarrollo, siguen siendo nuestra guía. En Johannesburgo expresamos nuestras frustraciones y nuestra impaciencia, pero conseguimos hacer avanzar las cosas en la cumbre mundial de 2002.

Es cierto que ha habido periodos de enfriamiento y complacencia, pero, por fortuna, 20 años después podemos afirmar con seguridad que estamos logrando avances en muchos temas. La pobreza sigue siendo el problema más grave. Somos seis mil millones de personas coexistiendo en nuestro frágil planeta, y muchas de ellas se ven peligrosamente privadas de los alimentos, el agua y la seguridad que necesitan. Por fortuna, muchos países están experimentando un rápido crecimiento

por Gro Harlem Brundtland

llo sostenible

económico. Numerosos países africanos se encuentran, por el contrario, en un círculo vicioso, con un crecimiento negativo y penando en la periferia de la economía mundial.

Pero cientos de millones de individuos están dejando atrás los valles de la desesperación para ascender a las alturas de la justicia y la prosperidad, sobre todo en Asia. Se trata de la expansión de bienestar y prosperidad más importante de nuestro tiempo y, probablemente, de toda la historia.

Las muchachas y las mujeres siguen siendo discriminadas y recibiendo tratos inhumanos y degradantes en numerosos países y culturas, pero las tendencias apuntan en el buen sentido, sobre todo en lo que se refiere a la educación de las niñas. Y, ¿cuáles son los países que están teniendo los índices de crecimiento más altos? Los que ponen en práctica la igualdad de oportunidades. La igualdad de géneros supone una ventaja competitiva.

Está aumentando el acceso al agua potable no contaminada en los países en desarrollo. Se puede alcanzar mundialmente el objetivo de desarrollo del Milenio consistente en reducir a la mitad el número de personas carentes de acceso al agua potable, pero las posibilidades de éxito son mayores en Asia que en África. También está mejorando el acceso al saneamiento básico, pero no con rapidez suficiente como para poder alcanzar el objetivo de desarrollo del Milenio de reducir a la mitad en 2015 el número de los que no tienen acceso. La escasez y la contaminación del agua y el uso excesivo de los recursos hídricos subterráneos son todavía una cuestión de supervivencia en numerosos países y regiones. A juicio de muchos, este problema reviste más gravedad aún que la amenaza del cambio climático.

Durante cinco de los años que estamos repasando tuve el privilegio de participar en la dirección de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Recientemente, me he hecho cargo de una nueva misión al aceptar la invitación del Secretario General de las Naciones Unidas de convertirme en uno de sus tres Enviados Especiales para el Cambio Climático. Le rindo homenaje por prestar tanta atención al clima ya desde el principio de su mandato. Su liderazgo es primordial, y somos muchos los que le brindaremos nuestro apoyo y nuestra ayuda.

Buen número de los problemas que plantea el desarrollo sostenible se pueden resolver dentro de un sector determinado y en el interior de los países. Cada país o grupo de países puede dar solución a muchos de ellos. Pero no al cambio climático. Aquí todos somos víctimas y nadie puede quedar al margen. Nadie puede comprar protección.



“Es irresponsable, temerario y profundamente amoral cuestionar la gravedad de la situación: la hora del diagnóstico ya pasó, ahora hay que actuar.”

Hace más de un siglo que se dieron a conocer las teorías sobre el efecto físico de las concentraciones de dióxido de carbono (CO₂) en el clima mundial. Hace veinte años, la Comisión Mundial puso de relieve las conclusiones a que habían llegado científicos de 30 países reunidos en 1985 en Villar (Austria) bajo los auspicios de la Organización Meteorológica Mundial (OMM), el PNUMA y el Consejo Internacional para la Ciencia. Estos precursores del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) afirmaron que el cambio climático inducido por el hombre era posible y plausible.

En la conferencia de Toronto sobre el clima celebrada en 1988, aproveché la oportunidad para proponer la creación de una convención internacional relacionada con la ciencia, la transferencia de tecnología y medidas concretas para reducir las emisiones de gases nocivos. Esa convención se firmó cuatro años después.

Así pues, ¿qué hay hoy de nuevo? La novedad es que la duda ha desaparecido. El informe del IPCC es claro, como lo es

el informe Stern (N. Stern, Reino Unido). Es irresponsable, temerario y profundamente amoral cuestionar la gravedad de la situación: la hora del diagnóstico ya pasó, ahora hay que actuar.

Los países industrializados tenemos que asumir la mayor responsabilidad. Somos los únicos que hemos dañado la atmósfera y nos corresponde la mayor responsabilidad en la reducción de emisiones. Antes hemos de librar algunos combates y superar algunos obstáculos.

Voy a centrarme en tres factores. En primer lugar, el efecto del cambio climático no se dejará sentir hasta mucho después de que se tomen las decisiones políticas que se imponen. En segundo lugar, ninguna nación puede resolver el problema por sí sola, ya que no tiene fronteras definibles. Ni siquiera el país más grande puede apenas influir por sí solo. En tercer lugar, y éste es el factor más importante, nos impide actuar una profunda falta de confianza. Falta de confianza entre países industrializados y países en desarrollo, y dentro de los grupos de países.

Muchos países industrializados creen que los países en desarrollo están mal dispuestos y hacen demasiado pocos esfuerzos. Numerosos países en desarrollo estiman que el mundo industrializado ha incumplido su promesa de prestar asistencia financiera y tecnológica. Muchos países están preocupados por los costos y la competitividad, en tanto que otros muchos se resisten a aceptar obligaciones a las que otros se sustraen.

Mientras avanzamos hemos de ser sensibles a esas preocupaciones, pero no deben cegarnos ni hacernos perder fe en la causa. Tenemos que construir la confianza y encontrar el terreno común. El Protocolo de Kyoto impone obligaciones concretas a países que sólo son responsables del 30%, aproximadamente, de las emisiones mundiales actuales. Hemos de ser mucho más ambiciosos a la hora de suscribir un nuevo acuerdo, que requerirá la participación de los países que producen las mayores emisiones, no sólo EE.UU., sino también los principales países en desarrollo, que también tendrán que asumir compromisos concretos en la materia.

El Gobierno de mi país, Noruega, está aceptando nuevos compromisos. En primer lugar, yendo más allá de lo que se pedía en Kyoto: de aquí a 2012, Noruega reducirá sus emisiones en un 10% más de lo que le imponen las obligaciones contraídas en Kyoto. En segundo lugar, en 2020 Noruega habrá reducido las emisiones de gases de efecto invernadero en 30% con respecto a las emisiones de 1990.

Pero esto no basta. En 2050, las emisiones de gases de efecto invernadero tendrán que haber experimentado una reducción mucho más drástica, y los países ricos deberán presentar un balance de carbono neutro.

Así pues, el tercer compromiso es que, en 2050, Noruega reducirá en 100% las emisiones globales de esos gases.

Estos objetivos se alcanzarán recurriendo a medidas significativas en Noruega y a los mecanismos previstos en Kyoto. Entre las primeras figura la construcción de la primera central energética mundial alimentada con gas y dotada de un sistema completo de captación y almacenamiento del carbono. Es algo que no se ha hecho nunca antes y en lo que ni siquiera se había pensado.

Si tenemos éxito, esperamos contar con una tecnología capaz de limpiar las centrales alimentadas con carbón por un costo que la haga comercialmente atractiva. Esa tecnología no sólo es vital para nuestro clima, sino que producirá además otros muchos beneficios en los planos local y regional, entre otros, para la salud pública.

Este tipo de soluciones de captación del carbono, si se aplican internacionalmente en proyectos de mecanismos para un desarrollo limpio, pueden dar lugar a un comercio de billones de dólares. Esos proyectos transferirán tecnología y generarán importantes flujos financieros hacia los países en desarrollo a partir de fuentes nuevas y adicionales de finanzas, con la participación del sector privado. En resumidas cuentas, la creación de incentivos encierra un gran potencial con miras al cambio y la inversión.

Los países en desarrollo tienen derecho a desarrollarse: no nos engañemos, nadie debe pedirles que reduzcan sus aspiraciones a la prosperidad. Ahora bien, hay que facultarlos para que eviten las fases más contaminantes del desarrollo por las que muchos de nosotros hemos pasado ya.

Creo que estamos actualmente en el umbral de una economía nueva y verde: una economía con baja producción de carbono, capaz de liberar al mundo de la pobreza y de salvar el clima. Éste es nuestro propósito, y es posible conseguirlo. Tenemos que hacer progresos en un frente muy amplio: mejorar la eficiencia de la energía, incrementar la utilización de energías renovables, mejorar las prácticas agrícolas y forestales y ocuparnos de la adaptación, sobre todo para los países menos desarrollados y los pequeños estados insulares.

Para poder avanzar de veras hemos de desarrollar un mercado auténticamente mundial del carbono, basado en una serie cada vez mayor de mecanismos de desarrollo no contaminantes. La inversión realmente importante se producirá cuando los ministros y los directores financieros exijan la reducción de las emisiones al verse obligados a pagar por sus emisiones de CO₂. Es frecuente que grandes obras tengan su inicio en una visión que parece rozar el desvarío, y buen número de los avances científicos más importantes empezaron siendo menospreciados. ¿Cuánto dinero era legítimo gastar en la fabricación de la primera bombilla eléctrica?

Hace entre 40 000 y 70 000 años que la humanidad empezó su lucha con la biosfera. Doscientos años atrás parecíamos capaces de controlarla, pero nos hemos convertido en una especie de aprendices de brujo. El año 2007 será crítico, y los dirigentes políticos que piensan que el mundo volverá a ser el de siempre se llevarán una mala sorpresa con sus administrados. Tenemos que empezar ya a construir un régimen global que sea eficaz. Cabe pensar que es posible que fracasemos, pero yo no lo creo, porque el fracaso no es una opción.

La Dra. Gro Harlem Brundtland es Enviada Especial de las Naciones Unidas para el Cambio Climático. Su artículo se basa en el discurso de apertura que pronunció en la 15ª reunión de la Comisión para el Desarrollo Sostenible (CDS) celebrada este mismo año.